

Albino Chacón

Re-visitar a Darío hoy.

A propósito de la publicación del libro *Rubén Darío: cosmopolita arraigado*,
de Jeffrey Browitt y Werner Mackenbach

Universidad Nacional, Costa Rica

alanax@ice.co.cr

Darío sigue hoy convocando la atención de los estudiosos de las letras y de la historia cultural centroamericana, latinoamericana y en general hispánica. Se trata, ciertamente, de una figura ineludible para comprender un período fundamental de las letras hispánicas en el cruce del siglo XIX al siglo XX. Fundamental aún más porque ocurre en un período en que los estados nacionales centroamericanos y latinoamericanos en general están aún, luego de su gestación a fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX, viviendo procesos de maduración y consolidación identitaria. Darío no solo los vive, sino que él mismo es un agente provocador de esos procesos. Lo hace, en una primera instancia, desde el espacio marginal del que surge, y que por eso mismo provoca sobre él una primera mirada de rechazo y desconfianza; lo hace luego desde el espacio central al que adhiere y que lo identifica con Madrid, pero sobre todo con París en el espacio europeo, y con Chile y Argentina en el espacio latinoamericano.

La figura y obra de Darío concierne no solo a la crítica y a la historiografía literaria, sino también a todos aquellos interesados en la historia cultural de nuestros países, como lo muestra el libro de Jeffrey Browitt y Werner Mackenbach, un fruto por cierto muy dariano, no solo por la procedencia geográfica de los editores, ya más que arraigados en la academia centroamericana, sino también de los diversos coautores que participan en el volumen. Por otra parte, la variedad

de enfoques que se muestra en los diversos artículos está marcada por un hecho plural, muchas veces mencionado en la vida universitaria pero pocas veces efectivamente alcanzado, la interdisciplinariedad: literatura, cultura, historia, psicoanálisis, fruto de una colaboración académica que rompe los límites disciplinarios, única vía para aprehender la complejidad de los fenómenos sociales.

No hay otra manera de abordar la complejidad de Darío, quien, para utilizar una expresión de Beatriz Sarlo (Sarlo; Perilli), constituye un verdadero *punto de condensación*: punto de condensación histórico, literario y cultural, y como tal vector generador que modificó e introdujo nuevas prácticas discursivas literarias y nuevas maneras de concebir el papel cultural de América Latina en la Modernidad. Y cuando a Darío se le relaciona con José Martí, el punto de condensación de que ambos forman parte adquiere dimensiones gigantescas para nuestra historia. De ahí el acierto de establecer, a través de algunos de los artículos que componen el volumen, las relaciones que Darío y Martí establecieron multi-arealmente en el momento que les tocó vivir, conscientes ambos, como sujetos modernos, de su papel como agentes de cambio histórico y que los llevó a multiplicarse, a ser poetas, cronistas, cuentistas, a escribir artículos críticos, ensayos, manifiestos, etc., como una manera de llegar a todo lector posible, y en el caso de Martí, más que Darío, a hacer valer en el horizonte de su vida, por sobre todo, una noción hoy de capa caída como es la noción de *patria*.

En lo que concierne estrictamente a Darío, fue uno de los grandes promotores culturales y literarios de la época a tal punto que, como señala Zanetti (65), “desoye las fronteras, nacionales para concentrarse en mancomunar a los nuevos productores de los distintos centros de América Hispánica y de España mediante la apertura a un diálogo que trascienda la colocación marginal compartida”. De su vida e importancia en Buenos Aires, Ángel Rama afirma que “prácticamente el modernismo argentino fue la obra insólita de un solo escritor, Rubén Darío, quien sacude un medio intelectual rutinario que era sorprendentemente arcaico en la fecha, no sólo respecto a la hora europea sino también en cuanto a la latinoamericana (Rama 113; Zanetti 81-82). No deja de sorprender este juicio tremendo de Rama, inmensamente valorativo del papel que jugó Darío en

la cultura bonaerense, cuando el mismo Darío contrapone la rica vida artística y cultural de algunas ciudades americanas, de manera particular la capital argentina, frente a la decadencia española, y que justifica el alejamiento de los escritores americanos respecto a España. A este respecto, en una especie de pequeño manifiesto del cosmopolitismo adoptado por la intelectualidad hispanoamericana, escribirá en 1897:

La innegable decadencia española aumentó nuestro desvío, y el verdadero o aparente aire de protección mental y el desprecio que respecto al pensamiento de América manifestaban algunos escritores peninsulares, secó en absoluto nuestras simpatías y nos alejó un tanto de la antigua madre patria, por lo que la actual generación intelectual, los pensadores y artistas de hoy que representan el alma americana, tienen más relación con cualquiera de las naciones de Europa, que con España. Al mismo tiempo en el Río de la Plata se realizaba el fenómeno sociológico del nacimiento de: ciudades únicas, cosmopolitas y políticas, como este gran Buenos Aires, flor enorme de una raza futura. Y tuvimos que ser entonces políglotos y cosmopolitas, y nos comenzó a venir un rayo de luz de todos los pueblos del mundo.¹

Los elementos anteriores enmarcan y pueden servir también como punto de referencia para comprender de mejor manera la importancia del periplo geográfico dariano, desarrollado en diversos artículos del libro mencionado, y algunos de los planteamientos que en ellos se desarrollan, de manera particular en los artículos de Ortiz y Mackenbach y de Leonel Delgado. Por ejemplo, este último toca el tema en su ensayo “Modernidad, tradición y barbarie en la crónica modernista: las estrategias fundacionales de Darío en España contemporánea”, con Darío como caso típico –pero no es el único como sabemos– del artista doblemente periférico: latinoamericano, centroamericano, nicaragüense, que atraviesa espacios culturales extremadamente desiguales en los espacios de la modernidad metropolitana y periférica, con la tarea trascendental de cerrar fisuras y diferencias. (Ver 19).

¹ “María Guerrero”. *La Nación* 2 de junio 1897. *Escritos inéditos*. Recogidos en periódicos de Buenos Aires y anotados por E.K. Mapes. New York, Instituto de las Españas, 1938. 125. Citado por Arellano 431-4v.

Ampliando, por oposición, los alcances del término acuñado por Sarlo, podemos entender la idea de *punto de condensación* también en el sentido inverso, esto es, cuando por ejemplo, para los intereses que aquí nos ocupan, una práctica de celebración cumple una función de re-direccionamiento, de apropiación, cuando no de desactivación histórica o de eliminación de contradicciones, ilusoria, pero al fin y al cabo funcional. Es el papel que no pocas veces cumplen las llamadas efemérides, los homenajes, los actos de conmemoración y la consiguiente saturación discursiva a que dan lugar. En el caso de Darío, habría que hacer mención a una celebración que quizás debió haber merecido una atención especial en el volumen de Browitt y Mackenbach. Me refiero a las celebraciones organizadas en 1967 con ocasión del centenario del nacimiento del poeta, llevadas a cabo no solo en Nicaragua sino también en buena parte de las capitales latinoamericanas y en España.² Para esa ocasión, como parte del homenaje, en Nicaragua se organizó un certamen de ensayos sobre la obra dariana, en la que por parte de Costa Rica se seleccionó un trabajo de Abelardo Bonilla titulado *América y el pensamiento poético de Rubén Darío*, que en ese mismo año de 1967 publicó la Editorial Costa Rica. Entre otros aspectos, sería interesante, por ejemplo, leer algunas de las consideraciones de Bonilla a la luz del análisis iconográfico que de la fotografía en el lecho de muerte hace Julia Medina (“Retrato de un proceso profano: Rubén Darío y la agonía del poeta moderno”), o con el estudio de Erick Blandón (“Rubén Darío: mutilación y monumentalización”). Ambos artículos tienen que ver con los últimos momentos vividos por el poeta, particularmente el de Medina, y el profuso manejo que se ha hecho de éstos para probar la religiosidad, o bien la conversión final, que habría caracterizado al poeta. Ese esfuerzo de recuperación religiosa de Darío es ejemplarizado por Bonilla (114), quien en el libro citado sostiene el siguiente razonamiento:

² En la lista de los invitados especiales a las celebraciones se menciona, entre otros, a Luis Alberto Sánchez, Hugo Lindo, Ernesto La Orden, Guillermo Díaz-Plaja, Arturo Uslar Prieti, Raimundo Lida, Dionisio Gamallo Fierros, Germán Arciniegas, Pedro Barnila, Pedro Calmón, Alfonso Junco, Carlos Jinesta, Gerardo Mello Mourao, Miguel Sánchez Astudillo, Jaime Torres Bodet, Baltasar Icaza Calderón y Pablo Neruda. El Dr. Ramiro Sacasa Guerrero, entonces Ministro de Educación, fue quien tuvo a cargo la publicación de un volumen con los discursos y ponencias que se pronunciaron en la ocasión.

Toda auténtica poesía es religiosa por su naturaleza y son bien conocidas las relaciones del lenguaje de la religión con el poético. Ambos medios de expresión son emotivos, intuitivos, metafóricos. No es difícil seguir el hilo de la conciencia religiosa en la obra de un poeta y vamos a hacerlo con la de Rubén. A pesar del positivismo y del anticlericalismo inicial, Darío era cristiano y creyente, y hubo de serlo, no tanto por su educación religiosa como por el dolor que matizó su infancia al carecer de un hogar.

En el acto realizado en Managua, en el recién inaugurado Teatro Rubén Darío, se nombró musa del Centenario a Margarita Debayle, a quien de niña el poeta había dedicado su poemacuento “Margarita está linda la mar”. Cuando se le pide que relate el momento en que el poeta le escribe el poema, en su intervención (1967) realiza una operación condensada de recuperación de la imagen del poeta acorde con las expectativas de la jerarquía católica, del gobierno y de la elite nicaragüense, en la que lleva a cabo un doble ejercicio; primero, con una imagen hagiográfica, acorde con la iconografía cristiana tradicional, y luego incluso con un abierto blanqueamiento del poeta: “El sublime poeta, desde el cielo en que se encuentra, soberbio y resplandeciente con fulgores que deslumbran, está aquí con nosotros celebrando este magno acontecimiento.” Y continúa:

Todo él invadía bondad, simpatía y talento. No lo recuerdo moreno, como algunos lo pintan, sino más bien blanco pálido y con unas manos blancas finas y bien cuidadas como si fueran las manos de un príncipe, como él realmente lo es: príncipe de las letras castellanas.

En España el homenaje culminó con un acto oficial presidido por el mismo Jefe de Estado, el Generalísimo Francisco Franco, en el teatro real. El representante de España en los actos en Nicaragua fue Guillermo Díaz-Plaja, entonces Director del Instituto Nacional del Libro Español. Díaz-Plaja publicó en el diario madrileño *Ya* dos crónicas sobre el acontecimiento (1967); en una de ellas señalaba que “Darío poseía diversos niveles de acceso y que bien podía afirmarse que hay un Rubén para cada grado de captación popular. Para los que no alcanzan ni al más humilde, queda flotando ese aire mítico, como de santoral laico, que queda colgando en la atmósfera del

vivir cotidiano”. Eso lo escribió luego de sorprenderse y ser testigo del fervor que los más humildes de Metapa, ciudad natal de Darío, manifestaban por el poeta. En otra crónica, refiriéndose a la celebración en Managua, y en un mal pastiche de un cierto estilo modernista, escribió: “Las fiestas del Centenario se han proyectado a las calles de Managua. Un desfile de carrozas ha conducido a un delicioso cortejo, donde las sedas y los lirios, los cisnes y las liras, las saetas de Diana y la espada de Belona, las “púberes canéforas” que amaba Rubén, en suma, han hecho visible y plástica la belleza extraordinaria de la mujer nicaragüense”.

Esa saturación discursiva, pomposa, aparatosa, laudatoria, propia del fasto de las celebraciones oficiales, así como el nombramiento consagrador de una musa (la niña ya hecha mujer pero que ahora, por un momento, retorna a la infancia), funciona como un procedimiento mediante el que se vela o desvanece a cualquier otra “musa” que hubiera existido posteriormente en la azarosa y condimentada vida amorosa del poeta. La parafernalia celebratoria que acompañó la celebración del centenario repite, ahora con la memoria, lo que Erick Blandón (“Rubén Darío: mutilación y monumentalización”) interpreta que sucedió con el cadáver del poeta inmediatamente después de su muerte, esto es “la apropiación de la figura y de la obra de Darío que llevaron a cabo el gobierno, la Iglesia y la intelectualidad de Nicaragua, mediante una hermenéutica que sustrajo la esencia de sus propuestas políticas y poéticas para preservar una imagen ad hoc al proceso de restauración conservadora [...]” (104-105). Parfraseando a Blandón, diríamos que en sus funerales, en 1916, ocurre la mutilación; en el Centenario, 51 años después, en 1967, su monumentalización definitiva.

Paso ahora a un segundo aspecto que me interesa destacar y que tiene que ver con el texto de Ortiz y Mackenbach (“Escribir en un contexto transareal: Rubén Darío y la invención del modernismo como movimiento”) sobre la importancia del viaje en la vida de Darío y en general en los modernistas. Casi como si fuera de Darío que estuvieran hablando, Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo (17-18) escriben, a propósito del escritor romántico argentino:

La historia de Esteban Echeverría bien podría comenzar con un viaje. A los veinte años, en 1825, zarpa hacia Europa y llega a París en el invierno de 1826. Es un rioplatense joven, completamente desconocido, sin

formación académica ni gran fortuna, que lee francés pero lo habla con dificultad [...] Echeverría realiza el recorrido inverso al de Rene de Chateaubriand, y va del “desierto” a la “civilización”. El viaje es un misterio transparente. Está en el clima de época y Chateaubriand ya había escrito sobre el impulso al descubrimiento del mundo, esa tensión hacia lo distinto que también condujo a Lamartine a Oriente. Pero París no es el rincón exótico o idealizado de los Natchez, ni es Palestina. El oriente de un americano se ubica en Francia, adonde tarde o temprano, después de Echeverría, viajaron todos los hombres de la generación del 37. Francia es una necesidad cuando ellos juzgan la pobreza de la tradición colonial y española: el impulso hacia el descubrimiento se suma al programa de la independencia cultural respecto de España [...]. El viaje a Europa era un peregrinaje patriótico; lejos de la frivolidad que iba a adquirir en las últimas décadas del siglo XIX, se parece mucho a una exploración cultural y a una educación del espíritu público. De algún modo, se trata, también de un viaje en el tiempo: se viaja hacia lo que América deberá llegar a ser en el futuro, hacia el modelo (aunque, luego, como en el caso de Sarmiento, se descubra la verdad en los Estados Unidos) que permite la definitiva independencia cultural de España. De allí la voracidad, ya señalada en un estudio clásico por David Viñas, del viajero. El viaje es, además, un acto colectivo, porque deberá servir a la nación y desbordar las dimensiones individuales del aprendizaje: es una educación en lo público, adquirida con vistas al porvenir. Perfecciona y realiza la tensión utópica de los organizadores de las nuevas naciones.

He destacado la cita de Altamirano y Sarlo porque refiere, como lo apunté antes, a un aspecto en el que Alexandra Ortiz y Werner Mackenbach ponen el énfasis en su artículo, el movimiento, el desplazamiento, el viaje, como un elemento generador del proyecto modernista “mediante el que no solamente participaron en el proyecto de fundar una comunidad transnacional de artistas, sino que también fueron los agentes que se volcaron a fundar una comunidad hispanoamericana transnacional, transcontinental y transatlántica” (351).

Es claro que los jóvenes intelectuales latinoamericanos del siglo XIX –no solo los modernistas– se negaban a crecer en un ambiente intelectualmente pobre y desestimulante, situación general en toda la América hispana. El viaje no era en búsqueda de un lugar, Europa, o más bien París, sino la búsqueda de un destino, un destino personal, ciertamente, pero a través del

cual buscaban también un nuevo destino para sus naciones originarias y para toda la América hispana. El viaje fue un fenómeno, más que de los modernistas, propio del cruce inicial de América Latina hacia la modernidad, contra la tradición y contra la herencia española recibida.

Los apuntes anteriores han procurado ser un intento de diálogo con algunos de los muchos temas que suscita la lectura del libro de Browitt y Mackenbach y sus colaboradores, libro que nos permite comprender de mejor manera la figura de Darío como agente cultural de la modernidad latinoamericana en el paso del siglo XIX al XX, no como una sintaxis coherente, sino como una sintaxis densa, de múltiples capas, que continúa siendo hoy un espacio histórico, cultural y político, esto es un punto de condensación, cuyo estudio y conocimiento resulta muy actual para comprender mucho de lo que hoy en día, cien años después, en el paso del siglo XX al XXI, vuelve a estar en juego.

Browitt, Jeffrey, y Werner Mackenbach, eds. *Rubén Darío: cosmopolita arraigado*. Managua: IHNCA-UCA, 2010. 396pp.

Bibliografía

Altamirano, Carlos, y Beatriz Sarlo. “Esteban Echeverría, poeta pensador”. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Argentina: Espasa Calpe, 1997.

Arellano, Jorge Eduardo. “Calibán y Martí en *Los raros* de Darío”. *Anales de Literatura Hispanoamericana* 28 (1999): 431-4v.

Bonilla, Abelardo. *América y el pensamiento poético de Rubén Darío*. San José: Editorial Costa Rica, 1967.

Debayle, Margarita. “Discurso, luego de su nombramiento como Musa del Centenario”. 1967. <<http://nicaraguademisrecuerdos.blogspot.com/2010/04/centenario-del-nacimiento-de-ruben.html>> (15 de octubre 2010).

Díaz-Plaja, Guillermo. “Crónicas publicadas en el diario madrileño *Ya*”. 1967. <<http://www.doredin.mec.es/documentos/00820073008392.pdf>> (15 de octubre 2010).

Perilli, Carmen. "Leer e historizar los discursos coloniales". *Kipus. Revista Andina de Letras* 11 (I semestre 2000). (Universidad Andina Simón Bolívar, Ecuador).

Rama, Ángel. *Las máscaras democráticas del modernismo*. Montevideo: Fundación Ángel Rama, 1985.

Sarlo, Beatriz. "Clío revisitada". *Punto de vista* IX.28 (noviembre 1986).

Zanetti, Susana. *Leer en América Latina*. Mérida, Venezuela. Ediciones El otro el mismo, 2004.